Capítulo 10

Marx: ni ángel verde, ni demonio de la producción

El biólogo alemán Ernst Haeckel, vulgarizador de Darwin y apasionado de los neologismos, habría sido el primero en utilizar en 1866, un año antes de la primera edición alemana de *El Capital*, la palabra "ecología". La utiliza tres veces en su *Generelle Morphologie der Organismen.* Haeckel define así las relaciones entre organismos, entre la economía humana y la naturaleza: "Por ecología entendemos la ciencia de las relaciones de los organismos con el mundo exterior, en las que podemos reconocer de manera más amplia los factores de la lucha por la existencia".

Las ilustraciones del progreso

No es Marx un ángel verde, un pionero de la ignorada ecología. Aunque comparte a menudo el entusiasmo productivista de su tiempo, sin embargo no se adhiere por ello sin reservas a "las ilusiones del progreso", denunciadas años más tarde por Georges Sorel. Mientras las ambivalencias del progreso vengan determinadas por un modo de producción fundado en la explotación, progreso técnico y progreso social no van necesariamente juntos. Más bien al revés: "Todo progreso en la agricultura capitalista –escribe en el borrador del Libro III de *El Capital* es un progreso en el arte no sólo de robar al agricultor sino de expoliar el suelo; todo progreso en acrecentar temporalmente la fertilidad del suelo es un progreso en arruinar a plazos las fuentes de esta fertilidad". Ya que "la productividad del trabajo también está ligada a las condiciones naturales cuyo rendimiento dismi-

nuye en la misma proporción que aumenta la productividad, en la medida en que esta depende de las condiciones sociales. De ahí proviene un movimiento en sentido contrario en esa esferas diferentes. Aquí progreso; allí regresión. Piénsese, por ejemplo, aunque sólo sea en la influencia de las estaciones, de las que depende la mayor parte de las materias primas; en la extinción de la madera y de los bosques; en la extinción de las minas de carbón y de hierro, etc[1]." La selvicultura proporciona un buen ejemplo de la discordancia entre el tiempo económico de rotación del capital y el tiempo ecológico de la renovación natural: "La larga duración del tiempo de producción y, en consecuencia, los prolongados períodos de rotación, hacen que la selvicultura sea poco propicia para la explotación capitalista esencialmente privada".

Consciente de las angustias de la colonización y de las mutilaciones del trabajo, no imagina un auténtico progreso que no esté más allá del capitalismo: "Cuando una gran revolución social haya dominado los resultados de la época burguesa, el mercado mundial y los modernos instrumentos de producción, y los haya sometido al control de los pueblos más avanzados, sólo entonces el progreso humano dejará de asemejarse al repugnante ídolo pagano que quería beber el néctar en el cráneo de sus víctimas"[2]. ¡Un repugnante ídolo pagano sediento de sangre! Clara y franca denuncia de los mitos del progreso. En espera de la gran revolución social "los progresos de la civilización y el crecimiento de las fuerzas sociales de producción enriquecen al capital, no al obrero y, por lo tanto, lo único que hacen a su vez es acrecentar el poder que aquél tiene sobre el trabajo, aumentando exclusivamente la fuerza productiva del capital. Como el capital es lo opuesto al obrero, este progreso sólo aumenta la potencia objetiva que reina sobre el obrero"[3]. Bajo el reino del capital, todo progreso se reduce siempre, en última instancia a "cambiar la forma del sometimiento"[4].

EL HOMBRE Y LA NATURALEZA

Las intuiciones ecológicas sembradas un poco por todas partes en los *Manuscritos de 1857-1858* y en los borradores de *El Capital,* si bien no están sistematizadas, no dejan de tener un fundamento sólido en la formación del pensamiento antropológico de Marx y en la herencia de la filosofía de la naturaleza alemana. Para Marx, las relaciones de producción son indisociables de las relaciones mediadas por el trabajo, de los hombres con la naturaleza y de los hombres entre sí. En cuanto "ser natural humano", el hombre es "inmediatamente ser de la naturaleza", un ser vivo, antropológicamente determinado, "dotado de fuerzas naturales, vitales". Ser natural "de carne y hueso, sensible, semejante a los animales y a las plantas, dependiente y limitado"[5]. El naturalismo y el humanismo de ahí derivados serán una misma cosa. Esos límites y dependencias naturales están cargados, evidentemente, de consecuencias ecológicas, aun cuando la palabra "ecología" permanecía ignorada. En efecto, resisten la tentación prometeica del sometimiento de la naturaleza y atenúan el entusiasmo del joven Marx de la tesis doctoral hacia el héroe griego que osó desafiar a los dioses.

El ser humano es, en primer lugar, un ser natural, abocado a la carencia y a la finitud. Pero lo que ha sido abajado puede ser realzado: es también un ser histórico, ya que la naturaleza no tiene una existencia objetiva ni subjetiva, "de manera adecuada al ser humano". Desarrolla pues históricamente sus necesidades y sus capacidades. Por eso la historia es la "verdadera historia natural del hombre".

La "apropiación universal de la naturaleza" se desarrolla en el capitalismo en el marco de un modo de producción específico. La naturaleza deviene entonces "para el hombre un puro objeto, puro asunto de utilidad, y deja de ser reconocida como potencia en sí. Incluso el conocimiento teórico de esas leyes autónomas aparece como una trampa que tiene por objetivo someterla a las necesidades humanas, ya sea como objeto de consumo, ya sea como medio de producción"[6]. Mal que les pese a los románticos

nostálgicos y a las utopías naturalistas, la naturaleza reducida a un asunto de pura utilidad, desmitificada y desacralizada, deja de ser reconocida como una potencia en sí.

Pero la determinación natural (antropológica) de la sociedad humana no se disuelve por ello en el devenir histórico. Porque contrariamente a lo que pretenden los autores del programa de Gotha, "el trabajo no es la fuente de toda riqueza": la naturaleza es tanto o más fuente de valor de uso que el trabajo. El mismo trabajo es manifestación de una fuerza de la naturaleza: fuerza humana de trabajo".

La naturaleza permanece pues irreducible a pura categoría social. Testigo del "tormento de la materia", "mediación necesaria", agente del "metabolismo entre el hombre y la naturaleza", el trabajo es un "transformador" de energía. La noción crucial de "intercambio orgánico" o de "metabolismo" (*Stoffwechsel*) está tomada, en primer lugar, de la filosofía de la naturaleza alemana, concebida como totalidad orgánica, y ulteriormente apuntalada por los trabajos de biólogos como Jacob Moleschott; aparece ya desde los manuscritos parisienses (llamados *Manuscritos de 1844*).

En los *Manuscritos de 1857-1858* ya viene el esbozo de una crítica de lo que hoy se llamaría productivismo. Allí está la idea de un impulso de la producción por la producción, y de un desarrollo del consumo que ya no está en función de nuevas necesidades sociales, sino de la lógica automática de mercado. La producción, dominada por la búsqueda del máximo beneficio, o de la ganancia máxima, y no por la satisfacción de necesidades, implica, en efecto, un "circuito de circulación cada vez más amplio".

La tendencia a la creación del mercado mundial viene pues "dada inmediatamente en el concepto de capital". Pero "la producción de plusvalor fundada en el crecimiento y desarrollo de las fuerzas productivas" exige también la producción de nuevo consumo. Exige que, dentro del circuito, el círculo del consumo se amplíe tanto como precedentemente se había ampliado el de la producción. Primero, por la ampliación cuantitativa del consumo existente. Segundo, por la creación de nuevas necesidades y la extensión de las necesidades existentes a un círculo más amplio. Tercero, por el descubrimiento y creación de nuevos valores de uso (...). De ahí la explotación de la naturaleza toda y la búsqueda o investigación de nuevas cualidades útiles en las cosas; de ahí el intercambio a escala universal de productos fabricados bajo todos los climas y en todos los países (...) de ahí la explotación de la tierra en todos los sentidos".

En una época en que la "enorme acumulación de mercancías" está muy lejos de alcanzar las dimensiones de nuestros *shopping centers* y demás *hipermercados,* Marx, anticipando las críticas de la sociedad de consumo, comprende que la lógica de la ganancia y de la producción por la producción genera inevitablemente un consumo cuantitativamente ampliado, que diverge del desarrollo de las necesidades humanas. La búsqueda legítima de "nuevas cualidades útiles en las cosas" se efectúa entonces bajo la forma de explotación (palabra muy bien elegida) desenfrenada de la tierra, ofrecida de forma gratuita a la depredación y a la manipulación de cualquiera.

Dedicado a una investigación de largo aliento, el discurso de Marx en el aniversario del *People´s Paper* en 1856, no es pues una incursión fortuita en una preocupación que hoy llamaríamos ecologista: "Hoy todo parece portar en sí su propia contradicción. Las máquinas, dotadas de maravillosas capacidades de acortar y hacer más fecundo el trabajo humano, provocan hambre y agotamiento del trabajador. Las fuentes de riqueza recientemente descubiertas, se transforman, por un extraño maleficio, en fuentes de privación. Los éxitos del arte parecen adquiridos al precio de las cualidades morales. El domino del hombre sobre la naturaleza es cada vez más fuerte, pero al mismo tiempo el hombre se transforma en esclavo de los otros hombres y de su propia infamia. Ni siquiera la límpida luz de la ciencia puede brillar sin el trasfondo tenebroso de la ignorancia. Los inventos y progresos parecen dotar de vida intelectual a las fuerzas materiales, cuando en realidad reducen la vida humana a su fuerza bruta material".

En el proceso en desarrollo del productivismo, algunos aceptarían sobreseer a Marx con el beneficio de la duda. Pero trasladarían la culpabilidad a Engels, fuertemente sospechoso de cien-

tificismo a causa de su *Anti-Dühring*. Sin embargo sus propósitos en esta materia no son menos radicales que los de su compañero pensador: "No nos preciemos de nuestras victorias sobre la naturaleza, ya que ella se vengará en nosotros de cada victoria (...) Los hechos nos recuerdan así, a cada paso, que de ningún modo reinamos sobre la naturaleza, sino que le pertenecemos con nuestra carne y sangre y nuestro cerebro, que estamos en su seno y que todo nuestro dominio sobre ella reside nada más que en la ventaja que sacamos a otras criaturas por conocer sus leyes y servirnos de ellas juiciosamente (...) Pero cuanto más sea así, más los hombres sentirán, y sabrán de nuevo que forman una misma cosa con la naturaleza, y será más claramente imposible, la idea absurda de oposición entre espíritu y materia, entre hombre y naturaleza, entre alma y cuerpo"[7].

Engels, al igual que Marx, es muy consciente de las ambivalencias del progreso y de la masacre de los posibles que implica una evolución en sentido único: "Cada progreso en la evolución orgánica es, al mismo tiempo, un paso atrás, por el hecho que, al fijar una evolución unilateral, se está excluyendo la posibilidad de evolucionar en las otras direcciones". Incluso pudo vislumbrar la oposición que hay entre la preocupación a largo plazo (del desarrollo sostenible) y las decisiones a corto plazo de los mercados: "En el actual modo de producción, en relación tanto a la naturaleza como a la sociedad, sólo consideramos el resultado más cercano y tangible", en detrimento del futuro y remoto[8].

EL CAPITAL FUERA DE LÍMITES

Aunque Marx y Engels toman buena cuenta del carácter limitado y dependiente de la especie humana, no parecen en absoluto dispuestos a sacar las consecuencias de estos "límites naturales". Su reticencia proviene seguramente de la polémica sostenida con Malthus y del temor a que las leyes de la termodinámica, en particular el descubrimiento de la ley de la entropía, favoreciese el renacimiento de una teología apocalíptica.

El *affaire* Podolinsky ilustra la complejidad de tales controversias. En 1882, un médico ucraniano, Sergei Podolinsky, se recupera de una enfermedad pulmonar en Montpellier. Publica entonces en *La revue socialiste* un artículo titulado: "El socialismo y la unidad de las fuerzas físicas". Se pregunta sobre la acumulación de energía en los productos del trabajo humano. Le escribe a Marx el 8 de abril de 1880, para presentarle su "intento de armonizar el plustrabajo con las teorías físicas actuales": "La humanidad es una máquina que no sólo transforma el calor y otras fuerzas físicas en trabajo, sino que, además, puede realizar el ciclo inverso: es decir, transformar el trabajo en calor y en otras fuerzas físicas que sirven para satisfacer nuestras necesidades; de modo que, por así decir, es capaz de calentar su propia caldera, con su trabajo convertido en calor". Podolinsky está en el camino de una *teoría del balance energético.*

Marx, enfermo, con unos pocos meses de vida por delante, consulta a su "consejero científico". Engels da la bienvenida al trabajo de Podolinsky, pero rechaza sus conclusiones.

Le contesta a Marx en 1882: "Cómo veo el *affaire* Podolinsky: su verdadero descubrimiento es que el trabajo humano puede prolongar la acción del Sol sobre la superficie de la tierra, más allá de lo que esta duraría sin el trabajo. Pero todas las consecuencias económicas que saca son falsas. Partiendo de su notable descubrimiento, terminó equivocando el camino, porque ha querido encontrar una nueva prueba científica de lo acertado del socialismo, que, de este modo, ha mezclado con la física y la economía". A la vez que saluda la importancia de tal descubrimiento, Engels emite una doble reserva. Una objeción científica: nada se pierde, y si bien ignoramos todavía dónde se va la energía disipada, un día terminaremos por encontrarla. Una objeción epistemológica: la noción de trabajo no es unívoca; no es la misma en física que en economía. Contra la pretensión cientificista de "aplicar a la sociedad la teoría de las ciencias de la naturaleza", sostiene que no se puede transponer la economía al lenguaje de la física, ni al revés.

Algunos autores, sin embargo, contestan la idea de que Marx y Engels no se hayan ocupado de los límites naturales[9]. Marx de-

nunciaría sin ambigüedades el sobreconsumo y la "producción por la producción". En primer lugar, el carácter limitado del suelo es una de las condiciones de aparición del capitalismo, porque "si la tierra fuese librada a la disposición de cada uno, faltaría un factor esencial para la formación del capital". Los conceptos de límite absoluto y de apropiación fundan pues el análisis de la renta de la tierra capitalista: "Si la tierra existiese de manera casi ilimitada frente a la población actualmente existente y al capital –escribe Marx en *Teorías sobre la plusvalía*– y si, además, nadie se hubiese apropiado aún esa tierra, y si, en consecuencia, estuviese a disposición de cualquiera que quisiese cultivarla, entonces naturalmente no se pagaría nada por trabajarla o por usar el suelo. Si la tierra fuera en verdad ilimitada, "su apropiación por parte de algunos no podría excluir la apropiación por los otros". Así "no existiría la propiedad privada de la tierra y no se pagarían rentas por ella[10]".

Marx se preocupa de que la agricultura intensiva pueda agotar la tierra y de que el aumento de la productividad social no llegue a compensar la disminución de la "productividad natural" que "también cuenta". Los aportes en capital (en abonos y fertilizantes), sólo pueden diferir la ruptura del ciclo de los alimentos ligada a la urbanización capitalista. Tarde o temprano, el capital termina por chocar, a pesar de todo, contra la fertilidad natural que constituye "un límite, un punto de partida y una base". En *La Situación de la clase obrera en Inglaterra*, Engels, entonces con apenas 22 años, se inquietaba ya por las consecuencias del urbanismo y por que el *non retour* a la tierra del abono (y los excrementos) interrumpiese el ciclo alimentario.

Y aunque no termina de sacar todas las consecuencias, Marx no es menos crítico y claro contra la tendencia a la "ilimitación" cuantitativa, inherente a la misma lógica del capital.

Su contrapartida es la negación o el desprecio de la utilidad y de la calidad: "La única utilidad que un objeto puede tener para el capital es conservarlo o aumentarlo. Ya hemos visto a propósito del dinero cómo su valor autónomo en cuanto tal, sólo es capaz

de un movimiento exclusivamente cuantitativo, que es el de acrecentarse.

"Conforme a su concepto, el valor es la quintaesencia de todos los valores de uso, pero como siempre se tratará del valor de una cantidad limitada de dinero, su límite cuantitativo está en contradicción con su cualidad. Y es por eso que por naturaleza tiende constantemente a superar su propio límite".[11]

Intercala entonces una evocación comparativa con la Roma imperial en la que el valor había devenido algo autónomo "en cuanto riqueza-*disfrute*" o consumo suntuario, hasta el punto de "tomar forma de una disipación sin límites que intenta elevar el mismo disfrute a una imaginaria ilimitación, engullendo, por ejemplo, ensaladas de perlas, etc.".

En la acumulación de capital, el valor sólo se conserva "por su tendencia constante a superar su límite cuantitativo": "El enriquecimiento es un fin en sí mismo".

"La única libertad posible es que el hombre social, los productores asociados, regulen racionalmente el intercambio de materia con la naturaleza, que la controlen en vez de ser dominados por ella y por su poder ciego, y que realicen estos intercambios con el mínimo esfuerzo y en las condiciones más favorables para la naturaleza humana", escribe Marx en el borrador del Libro III de *El Capital*. La libertad a la que aspira permanece constreñida por la condición de la "naturaleza humana". Debe pues ser ahorrativo con las fuerzas que moviliza –¡gastar lo mínimo!– y establecer una relación de intercambio racional con la naturaleza.

Falta determinar socialmente, en tanto que productores asociados, esta economía racional. Hemos de saber que la libertad posible nunca será absoluta, que permanecerá limitada por la necesidad que impone la pertenencia de la especie al orden natural. El trabajo en sentido amplio no es más que un metabolismo que liga la reproducción del viviente a su entorno. Si bien es imposible abolir este vínculo sin interrumpir por el mismo hecho el ciclo de la vida, si es posible reducirlo de forma radical. Es la condición de desarrollo de la parte humana del ser natural. "Esta actividad constituirá siempre el reino de la necesidad. Mas allá de ella, co-

mienza el desarrollo de las fuerzas humanas como fin en sí: el verdadero reino de la libertad, que sólo puede expandirse si está fundado sobre otro reino, el de la necesidad. La condición esencial de este expansión es la reducción de la jornada laboral"[12].

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

BURCKETT, Paul, *Marxisme and ecological Economics*, Leiden/Boston, Brill, "Historical Materialism Books", 2006.

DELÉAGE, Jean Paul, *Histoire de l'écologie*, París, La Découvreerte, 1991.

FOSTER, Jonh Bellamy, *Marx's Ecologie*, New York, Montly Revuew Press, 2000

FOSTER, Jonh Bellamy, *Economy Against Capitalism*. New York, Montly Revuew Press, 2002.

FREITAG Michel, *l'Impasse de la globalisation*, Montreal, Ecosocieté, 2008.

SCHMIDT, Alfred, *Le concept de nature chez Marx*, París, Puf, 1982.

SOREL, Georges, *Les illusions du progres*, París, Ginebra, Slatkin, 1981.

VERDNADSKY, Vladimir, *La Biosphere*, París, Felix Alcan, 1926.

NOTAS

1 Karl MARX, *Le Capital,* op. cit., Libro III, tomo I, p. 272.

2 *New York Daily Tribune*, 8 de agosto de 1853.

3 Karl MARX, *Manuscrits de 1857-1858*, op. cit., tomo I, p. 247.

4 Karl MARX, *Le Capital,* op. cit., Libro I, capítulo 26.

5 Karl MARX, *Manuscrits parisien de 1844*, París, Éditions Sociales, s.d., pp. 136-138.

6 Karl MARX, *Manuscrits de 1857-1858*, op. cit., tomo I, pp. 346-349.

7 Friedrich ENGELS, *Le rol du travail dans la transformation du singe en homme*, Besançon, Cardinal, 2003.

8 Friedrich ENGELS, *Dialectique de la nature*, París, Éditions Sociales, s.d., pp. 182-183 y 316.

9 Ver Daniel TANURO, "*Marx, Mandel les limites naturelles*", *Contretemps*, n° 20, septiembre de 2007, pp. 113-128.

10 Karl MARX, *Théories sur la plus-value*, op.cit., tomo II, p. 357.

11 Karl MARX, *Manuscrits de 1857-1858*, op. cit., tomo I, p. 211.

12 Karl MARX, *Le Capital*, op. cit., Libro III.